Cuando Ariel conoció a Algol, y nadie le dió cuerda al sol.

Florencia Ybañe

Capítulo 1

Cuando Ariel conoció a Algol, y nadie le dio cuerda al sol.

El escenario, previamente a oscuras, se ilumina dejando ver una mesa de piedra, un tablero de ajedrez yace sobre ella. Por ambos extremos, dos figuras masculinas aparecen, y se sientan.

Dalí: *(Acomoda algunas piezas en el tablero)* Adelante, ¿qué estamos esperando?

Lorca: *(Avanza dos casilleros con su peón)* Siempre precipitándote, amigo mío. La paciencia es una virtud.

Dalí: *(adelanta su caballo)* Bah, quédate con tus virtudes y tus dioses; mucho consuelo te serán cuando los años se conviertan en cenizas en tu boca.

Lorca: *(adelanta otro peón)* Me niego a nadar en aguas tan tumultuosas; tus palabras siempre te sacan de tus apuros, y son las mismas que te ponen en ellos, pero las virtudes no necesitan adornos, ellas mismas son las gemas que decoran la vida. Toma por ejemplo cuando hablamos de una flor, es solo una flor-figúrate, amigo mío- una hierba colorida, que el amor adorna al convertir en dulce demostración de tiernas emociones.

Dalí: *(avanza un peón, con aire desinteresado, dejándolo a la merced de un peón enemigo)* Nunca me oirás a mi despotricar contra el amor.

Lorca: *(tomando el peón enemigo) (sarcástico)* Amor, como Asmodeo lo concibe.

Dalí: *(Adelanta su alfil)* No confundas mi libertad con libertinaje, yo no confundo tu miedo con decoro. La diferencia existe y tus palabras la disfrazan.

Es tan simple, ¡Sería tan simple, querido amigo! Ocultarnos tras nuestras biblias y filosofías de bolsillo, *(exaltado)* ¡Vayamos ahora mismo! ¡Lancemos nuestro arte al mar y pintemos solo santos y catedrales! Deja que tu pluma únicamente enaltezca a vírgenes y mártires, dejemos que el murmullo del "iluminado" tras el altar inunde todo espacio interior que nos hacía Salvador Dalí y Federico García Lorca, ¡Entonces todos seremos virtuosos, y nadie lo será! *(ríe, febril)* tu Dios ha de ser realmente miserable, con su monótona eternidad. Nos envidia, y por eso nos ha convertido, no, ¡Quiere convertirnos!, En un tablero gris que solo alberga peones.

Lorca: *(duda, pero luego hace avanzar a su caballo)* ¡Calla, pagano! Tus labios desbordan miel, y es peligroso prestarte oído. Tu problema es que eres un engreído, si pudieras te concederías el título de divinidad. Yo creo que, en el fondo, te asusta tanto como a mí lo que vendrá.

Dalí: *(cruza el tablero con su alfil, tomando un peón en el proceso)* Jaque. ¡Bah! Ser un Dios suena demasiado burocrático; y claro que le temo a lo que vendrá, pero lo que tú no entiendes, estimado Federico, es que el infierno está aquí mismo, y lo creas tú mismo. Mi infierno sería ser uno de tus preciados elegidos virtuosos y no reconocerme a mí mismo en el espejo *(Sonríe, malicioso y socarrón)* Dime… ¿tú a quien ves, cuando observas un espejo?

Dalí y Lorca se miran fijamente, uno con la diversión que le trae el conocimiento de un secreto; el otro, con la incómoda culpabilidad de un niño al que han atrapado con la mano en el tarro de galletas. Lorca desvía la mirada primero.

El juego continua en silencio. Los minutos avanzan.

Dalí: *(mueve su caballo)* Jaque mate. Buen juego, amigo mío.

Lorca: *(sonríe, su semblante relajado nuevamente)* Buen juego, siempre has sido un adversario formidable.

Lorca guarda el juego en su maletín, y ambos se disponen a abandonar la escena por la izquierda, juntos.

Dalí: *(choca con su hombro, amistosamente, a Lorca)* "Tu eres una borrasca cristiana y necesitas de mi paganismo" *(rompe a reír)* la gente no se divide entre viciosa y virtuosa, *(se detiene y prende un cigarrillo, con aire ausente y sonrisa engreída)* solo entre encantadora y aburrida. *(Siguen caminando)*

Lorca: *(con expresión abochornada, arriesga una mirada de reojo a su acompañante) (murmura)* Tal vez, besar al Diablo y saber que, en algún lugar ahí fuera, Dios existe es mejor que descubrir que ni el cielo ni el infierno fueron reales para empezar… *(Salen)*.

La risa de Dalí resuena, exuberante, en el escenario desierto.